

“Mujeres en la revuelta de la contramemoria”¹

Dra. Gilda Luongo

Y me sé (no me sé) un poema de memoria:

“No soy el Capitán Avalos
No soy el Tiburón Contreras
Soy lengua ampollada por la
electricidad.

Nunca estaré colgando de una lágrima del Everest
Estoy sentada y me columpio en el sillar de mi pelvis
el filo del mundo.”

Carta de Viaje de Elvira Hernández, p.11

“Escribir la palabra imposible en la curva de un arco
iris.” Violette Leduc, *La locura ante todo*, 387

“¿Qué clase de sujeto merece un duelo y qué clase de sujeto
no? [...] ¿qué cuenta como vida vivible y muerte
lamentable?”

Judith Butler, *Vida precaria*, 16-17

“El feminismo sostiene que la *evocación* es un modo de
superar las huellas de la violencia, aplicada con letal
regularidad por regímenes opresores en todo el mundo. Es
un acto de creación que moviliza no solo la experiencia,
sino la imaginación.”

Braidotti, *Transposiciones*, (destacado mío, 232).

¹ Escrito presentado en el evento “Me sé un poema de memoria. Encuentro con la poesía del 73”, organizado por el Colectivo de Poesía Cardumen, patrocinado por la Fundación Salvador Allende bajo el sello “A 40 años del Golpe”. Su lectura tuvo lugar en la mesa de apertura “*Poéticas de la escena de Golpe*” y “*Bio-política y Derechos Humanos*” el día jueves 9 de mayo del año 2013.

Este escrito se inscribe en el proyecto de investigación Fondecyt N° 1110083, “Memoria y escritura poética de mujeres en el Cono Sur de América, 1972-2010” de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. En esta instancia me desempeñé como Co-investigadora. La Investigadora responsable es la académica Dra. Alicia Salomone.

Leer teoría crítica-política feminista resulta un goce así como cuando leo un texto bello literario que alguna mujer creadora ha puesto en mis manos. Cuando las feministas nos dejamos tomar por las elaboraciones críticas o literarias de otras mujeres, algo profundo se transforma en nosotras y no sabemos hasta dónde podemos llegar. Afirmar positivamente lo que digo, en este lugar en el que nos encontramos hoy, es un acto ético-político. No siempre se dan las condiciones para hacerlo; habitualmente estamos obligadas a medirnos y ser más correctas en nuestras expresiones de contento o dicha respecto de lo artístico, ético-estético e intelectual-político. Esto ocurre porque nos medimos con la vara patriarcal que nos retiene y estrecha. Me desmediré hoy. Deseo con todo mi cuerpo sano y enfermo “devolver lo activo al activismo” (Braidotti, 2009, 87) como si fuera una intensidad que me permitiera distintos tonos vocales. Eso es. Busco una polifonía sinuosa.

Con mis herramientas de lectura, como crítica feminista, sé de la apertura, del armado en pliegues de memoria, contra-memoria, zigzagueante, desordenada, libre de temor (Braidotti, 2009). Imbricaciones a partir de imágenes; resurgimiento de referentes desde la imaginación que pulsan renacidos, con otros ecos, reverberaciones, latidos. El recuerdo-imagen posibilitaría en las escrituras de lo poético lo ostensible, aquello que nos conmueve por lo que hace reaparecer, lo que vuelve, re-vuelve, nos revuelve porque ‘parecía’ desaparecido.

Me interesa insistir en la noción de contramemoria, un concepto nutricional, porque refiere a aquella memoria minoritaria que no se somete a los bancos de datos centralizados, se expresa como una fuerza intensa, cíclica, desordenada, persistente de una manera

zigzagueante; tiene un estrecho vínculo con acontecimientos traumáticos; esta memoria encarnada, engendra diferencias fortalecedoras, almacenada en la densidad física y no sólo en la psique; posibilita el desplazamiento del ser por el devenir, dado que se aleja de la monumental memoria mayoritaria levantada por la masculinidad hegemónica que somete e invisibiliza la memoria de mujeres, homosexuales, indígenas, pobres y subyugad@s (Braidotti 2009, 226-235).

Digo que en este escrito memorioso hablan, acumuladas, disímiles voces de mujeres hasta este presente de los cuarenta años que han pasado ya desde el Golpe de Estado en Chile. Esta heterogeneidad resulta imposible de enumerar, es una vocalidad abierta, pero bien podría jugar a dibujarlas: las borrachas mujeres marginales que mi madre acogía generosa en el tugurio que sostenía a pulso en San Miguel y a las que mi mirada no lograba contener en su anchura; mi hermana mayor comunista empedernida; las militantes de partidos tradicionales en los sesenta y setenta; las profesoras que jugaban a ser madres intentando domeñar mi cerviz rebelde; las adolescentes compañeras militantes de las Juventudes Comunistas, las activistas del CUP (Comité de la Unidad Popular) en los setenta, reunidas en la Gran Avenida, en la Casa de la cultura de La Cisterna; entre comunistas, miristas, socialistas, mapucistas compartíamos bríos políticos adolescentes tempraneros; las escritoras de esta Latinoamérica nuestra y las del primer mundo, que desorbitaban con sus ficciones revoltosas estos ojos grandes; las mujeres de teatro, las teatrantes (des)bordadas, multiplicadas siempre en personajes y diálogos intensos; las cómplices mujeres feministas, aquellas que me abrieron a esta revolución trabajosa que constituye nombrarse como tal; las mujeres burguesas cómplices; aquellas privilegiadas que me han permitido compartir investigaciones académicas; las mujeres poetas mapuche; las mujeres lesbianas, aquellas

que aman y desean sexualmente a otras mujeres. Y aquí me fijo, moviéndome, porque es mi estación favorita, las cómplices mujeres lesbianas que me han enamorado. Recuerdo e imagino, imagino y recuerdo.

Viene a mi memoria feliz (Ricoeur, 2010) María Eugenia Escobar, escritora, investigadora, videasta, lesbiana abierta, trabajadora incansable por la cultura. Militante del Partido Comunista en los setenta, estudiante de la Universidad de Concepción, profesora ayudante de la misma. Detenida para el Golpe de Estado en esa ciudad sureña, mujer torturada, exiliada en Noruega. Retornada a Chile en los noventa debido al Alzheimer de su madre. La veo en uno de los cursos del Doctorado de la Universidad de Chile, estamos en los noventa. Me acerco, la conozco, la reconozco. Me sorprende su voz cascada, ronca, profunda. Me gusta. Su porte enorme me obliga a mirarla hacia arriba. Tan pequeño mi cuerpo frente a ella, lo siento mínimo. Encontrarnos en un tono: la rebeldía, un desborde. Me obliga, con su silencio, a adivinar su diferencia lésbica; el amor deseoso de las mujeres: sus amadas mujeres; la lengua filuda, ponzoñosa hermanándonos. Políticamente incorrectas, coexistimos en los afectos, las palabras, los textos, la indagación intelectual y creadora, la política de la diferencia sexual, la memoria de Chile de los setenta y la memoria del exilio; la pasión por el cine, la comida y el vino; nuestras tesis de doctorado.. La de ella, sobre dos mujeres –supuestamente- infames, Marcia Alejandra Merino, la Flaca Alejandra y Luz Arce, mujeres militantes de izquierda que se habían convertido, -luego de torturas sistemáticas aplicadas por los hombres de los servicios de seguridad de la dictadura-, y de manera trágica en informantes de la DINA; discusiones interminables respecto de esta trama: la acusación que recae sobre las mujeres como estigma sucio, la genealogía de las supuestas traidoras en América Latina, un lugar perverso; la culpa, la

delación, la responsabilidad política de todos y todas; la vulnerabilidad del cuerpo femenino, nuestras fragilidades; el descalabro partidario después del Golpe y sus resortes masculinos y patriarcales que nos marcaron a fuego. Me narraba incansable las entrevistas y encuentros con ambas mujeres, Luz y Alejandra, en Santiago y en Isla de Pascua, eran su desvelo; llegar a puerto con nuestras obsesiones creadoras sobre mujeres y celebrar con sabores y olores diversos de modo interminable, era nuestro rito.

Pero como la muerte está siempre próxima con su guiño seductor, el brindis por la vida compartida llegó a su término. Nos encontramos por última vez en la calle, en una marcha de septiembre a propósito del Golpe. Fue el 10 de septiembre del año 2003, en el Paseo Ahumada, centro de Santiago, donde diferentes organizaciones de mujeres marchábamos para conmemorar la lucha de las detenidas desaparecidas, las presas políticas y a las torturadas a treinta años del Golpe. Esa vez la presenté en el café de la Plaza de armas con mi amiga feminista, lesbiana rara, Angélica Valderrama Cayumán con quien podría, a futuro, compartir sus ideaciones respecto de las mujeres mapuche. Luego nos fuimos a su departamento en el Barrio Lastarria. Allí, por primera y única vez, me habló, fragmentadamente, de la tortura a la que fue sometida en el año 1973. Olvidé su relato. Sólo tengo la imagen de un barco y cuerpos desnudos de hombres y mujeres sometidos al vejamen militar. Yo partía al extranjero al día siguiente.

Cuando volví a Santiago, el día 24 de septiembre del año 2003, mi pareja me llamó por teléfono para avisarme que habían encontrado su cuerpo muerto en el departamento de Lastarria. Fue un 23 de septiembre, a 30 años del Golpe militar en Chile. María Eugenia se había suicidado.

Ese mismo día debía recibir el premio a su relato “El país de las lindas postales” con el que participó en el concurso literario “A 30 AÑOS...AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS”, organizado por Letras de Chile, El Salón del Libro de Gijón, y Le Monde Diplomatique. Ese reconocimiento no alcanzó a llegar a sus manos, le fue escamoteado, pero hoy en las mías fructifica, vuelve, a 40 años del Golpe su impulso creador memorioso y me revuelve desde una afirmación plena por los estilos radicales, subversivos, contestatarios y persistentes de las mujeres lesbianas en Chile.

Leeré a continuación un fragmento del cuento de María Eugenia Escobar premiado a 30 años del Golpe militar y posteriormente, un escrito de mi autoría, que imaginé recordándola.

El país de las lindas postales

María Eugenia Escobar

Una voz monótona interrumpió mi somnolencia y dijo que debíamos ajustar nuestros cinturones, ya que en unos quince minutos más aterrizábamos en Santiago, agregando con idéntica vocecilla que la temperatura exterior era de cuarenta grados bajo cero, pero que en Santiago nos esperaban treinta grados de calor. Abrí los ojos y no vi nada, todo era gris, el avión se agitaba y yo, instintivamente, me aferré a los brazos del asiento, mientras me preguntaba si afuera, en ese frío, estaría la temible cordillera de los Andes, donde una vez se había caído un avión uruguayo, y habían sobrevivido su buen lote de pasajeros, claro que me acordaba perfectamente de la película, la había visto cuando tenía menos de quince, y siempre, cuando se me hablaba del regreso, recordaba a esos jóvenes, un poco mayores que yo en aquella época, y me prometía a mí mismo que si algún día me veía obligado a volver, lo haría por tierra, aunque tuviera que cruzar medio mundo. Pero, las cosas se olvidan y la película pasó a un rincón lejano de recuerdos, hasta que ahora, luego de más de veinte horas de vuelo, la recordaba nuevamente. Repentinamente, una fuerte luz reemplazó al gris exterior,

ya pasamos las nubes, dijo mi vecino de asiento, allá, allá abajo, mire, ya se ve Santiago. Vi unos cerros pelados color café claro y unas construcciones bajas. Santiago.

Salí sin problemas de policía internacional, me pareció ver una sonrisa irónica en el rostro del policía que timbró mi pasaporte, pero tal vez era mi pura imaginación, no sabía ni me importaba tampoco. En dos maletas livianas llevaba mi ropa de invierno, un par de poleras de marca y el resto eran cajetillas de cigarros americanos, encendedores, unos perfumes de mujer, otros de hombre, y un montón de leseras que había comprado a última hora y que había traído de regalo para amigos de mi padre.

Un montón de gente se trataba de hacer lugar para ver aparecer a algún familiar, así es que dije de inmediato que sí al primer taxista que se ofreció para llevarme al centro. Salimos del aeropuerto a gran velocidad, o al menos eso me pareció, vi automóviles que sólo en el cine había visto, buses que despedían un humo gris y maloliente, mientras desde el espejo retrovisor del taxi colgaban un crucifijo, un CD y un zapato de niño, los que se movían al compás de los movimientos zigzagueantes que nos cambiaban de pista a pista sin ni siquiera señalar

Vi que el taxista me miraba con curiosidad, y él, al darse cuenta que también estaba siendo observado, me preguntó que de dónde yo era, a lo que le respondí con otra pregunta, que por qué me preguntaba eso, y él, con absoluta calma me dijo que se me notaba que yo era extranjero, a lo cual le respondí que no, que naturalmente era chileno, y él, como evitando entrar en discusiones, se había quedado en silencio y encendido la radio. Le pedí permiso para fumar un cigarrillo, a lo que me respondió que sí, que fume no más caballero, claro que las cenizas me las echa para afuera por favor. Meneando la cabeza se rió un poco y yo no supe por qué.

Lo encontré gesticulando y hablando en voz muy alta. Alrededor suyo, un grupo lo miraba entre sonriente y desconcertado, y entonces, decía él, mi esposa y yo decidimos que nos daríamos el lujo de pasar una nueva luna de miel, pero ella, digo mi esposa, nunca había tomado un avión y decía

que sí, que le encantaría viajar a Buenos Aires, pero que el cruce de la cordillera, no, era mejor escoger un lugar aquí en Chile, un lindo hotelito en el sur podría ser, le había dicho, o tal vez irnos a tomar unos buenos baños termales, porque eso de pasar sobre la cordillera, no, no podría, y gesticulaba él recordando, mientras los ojillos azules de los otros lo miraban hablar, lo miraban manotear, pero él que no, sacudiendo la cabeza, que iríamos a la Argentina igual le había dicho él, que yo le tomaría la mano, así, y tomando la mano blanquecina de una anciana, así pasaríamos la cordillera, tomaditos de la mano como dos enamorados, y que yo la abrazaría le había prometido, así, y la viejecilla que ya a estas alturas sólo quería irse, no participar más de este show matinal, mientras él continuaba manteniéndola abrazada como un oso pardo, y claro que sí, le explicaba a su atento público, claro que viajamos, y vinieron unas turbulencias atroces, que hasta yo me asusté un poco, y sentía que mis manos traspiraban, pero me hacía el leso y hacía como que era a ella a quien le sudaban las palmas, y de repente, entre los gritos y llantos de algunos pasajeros, una azafata pasó y ella, piensen ustedes, mi esposa, ella que nunca bebía una gota de alcohol, había dicho con voz clarita que por favor nos trajeran champaña, que si iba a morir en un avión, quería hacerlo con un vaso de champaña en la mano, y piensen ustedes que en medio de la trifulca la azafata volvió con dos botellitas chiquitas, así, de este porte, mostraba, y dos vasitos de plástico y plaf, plaf, gritaba mientras soltaba a la viejecilla, y metiéndose un dedo en la boca hacía el ruido como de una botella que se destapa, plaf, plaf, salud, salud, y los ojillos azules repitiendo casi a coro, salud, salud riendo como niños.

Y dándose una rápida media vuelta, como si me hubiera visto desde un comienzo, me guiñó un ojo, hizo un gesto con un dedo en la sien y riendo todavía me dijo algo así como que todos esos viejos estaban chalados, mira que escucharlo a él, hablándoles en español, contándoles historias, pero, en fin, peor es hablarle a las paredes, y qué bueno verte hijo, ¿sabes? Estaba acordándome de tu madre, de cuando ella y yo nos fuimos a pasar una semanita a Buenos Aires, tú te quedaste con tu madrina, celebramos nuestros diez años de casados, lo pasamos regio, pese a que ella le tenía terror a los

aviones, quién lo diría, y quién se creería de lo que fue capaz de hacer después, y solita, sí, era valiente tu madre, dijo mientras se afirmaba en mi brazo para regresar a su habitación.

Cuando abrí la puerta, ví que no estaba en el salón. Unos ojillos celestes que miraban hacia cualquier lugar, repentinamente se concentraron en mí, sólo por unos brevísimos instantes, para volver luego a su vacuidad. Una casi imperceptible mirada de desilusión en sus miradas lejanas, opacas nuevamente. El exiguo brillo de esperanza había desaparecido como un soplo, nuevamente seguirían esperando, allí, en el salón, hasta que un día, tal vez, la visita, la puerta que se abriera fuera para ellos.

Llegué a su habitación. Estaba vestido con su terno azul, el que usaba para las grandes ocasiones, el mismo que le había pedido a mi madre que le llevara para ponerse, para viajar había dicho, no voy a llegar a un país extraño como un derrotado le había subrayado cuando ella lo había visitado allí por última vez, llevándome de la mano, pensando en mostrarle mi nuevo uniforme que él ni siquiera miró, y además tráeme la foto matrimonial y la del niño andando en bicicleta, así no me sentiré tan solo, recuerdo que había dicho mientras gesticulaba con ambas manos, apretando un lugar incierto que seguramente correspondía al corazón. Y con ese mismo terno y mirando su foto matrimonial estaba ahora, mi foto no se veía por ninguna parte. Este viejo en el fondo siempre será un romántico, pensé mientras unos curiosos movimientos en su espalda me detuvieron a la entrada, no cabía duda, estaba llorando, entonces me sobrevino un curioso pudor al ver a este hombre tan grande, con esas enormes manotas, ahí, quebrado, llorando, mientras yo sentía lo patético de la situación, al mismo tiempo que me daban unas ganas tremendas de decirle, y ahora, ¿te acuerdas cuando me decías que los hombres valientes no lloran? O más tarde tu frase favorita, esa de que no llores como mujer lo que no supiste defender como hombre, pero no, no era el momento para esos recuerdos, ahora que lo veía en esa inmensa soledad concentrada en una pequeña habitación sin más adorno que una ampolleta en el techo y una jardinera sin plantas frente a la ventana.

Hasta aquí el fragmento del relato de mi amiga.

El año 2004 en el marco del Taller de escritura dirigido por Guadalupe Santa Cruz, escribí un relato breve en el que vuelvo a esta figura de mujer a modo de trabajo de duelo. Leeré este breve texto para cerrar esta presentación.

“La recobrada”

Gilda Luongo

Recuerdos vagos y olvidos permanentes, decían sus cercanos, la habitaron antes de morir. Tal vez. No estoy segura. Nunca estuve segura de nada que la ciñera, identificara. Seguirá siendo un silencio cargado de volcanes, lugares inhabitados, un lento rostro moreno parecido al de alguna mujer indígena.

Pensé, no sé por qué, en mis despertares de mañanas soleadas tratando de recordar las palabras de mis sueños. Al abrir los ojos me asaltaba penosamente esa sensación en la que los nombres se pierden en laberintos desconocidos. Algo era en el sueño el personaje principal, pero al amanecer sólo quedaba la vaguedad de una forma, una sensación que se desplazaba constante a lo largo del día. Solía rebotar hueca una imagen conectada a una sílaba, una parte de un objeto, una cosa, luego nada.

Fui perdiendo sin darme cuenta la conexión entre el espacio habitado y los signos que podían ubicarme. Olvidaba sistemática y torpemente los nombres. Cada acción quedaba como suelta, a la deriva, perdida. La desconexión entre cada paso que daba me volvía sin peso, volátil. Mi rutina se volvió, hasta cuando pude darme cuenta, un acecho constante de recuerdo en vano y olvido pleno.

Usted me pregunta, pero yo no sé nada, la vimos por última vez saliendo de un bar y entrando a otro. Ya no se sabía bien con ella. Iba dando tumbos con su cuerpo enorme. Era demasiado alta para que usted no la viera. Balbuceaba sonidos que no se entendían, eran como ruidos de un animal herido. Usted dirá que exagero, pero si la hubiera escuchado, me entendería y no me miraría como lo está haciendo. Ella me daba curiosidad y les decía a mis hijos que me contaran cada vez que se cruzaran con ella. Les daba miedo. Dicen que era sola y que había recorrido el mundo entero. Yo creía que por eso no podía hablar bien, por eso los ruidos, tanta lengua extraña la había dejado

confundida. Se notaba, sabe, que era educada por los gestos. Es una lástima. La encontraron en el piso, boca abajo y amoratada. Quién sabe quién era y qué le pasó que fue a morir así tan dejada de la mano de Dios.

6 de agosto, del año 2004

San Miguel